

Reproducido en www.relats.org

HOMENAJE A MARCELINO CAMACHO

TESTIMONIOS LUEGO DE SU MUERTE

I. UN EJEMPLO DE COMPROMISO

Nicolás Redondo

El País, 30 octubre 2010

Conocí a Marcelino hace ya muchos años. En contra de lo que pueda parecer, mis relaciones personales con él, han sido buenas. Si en más de una ocasión hemos tenido desencuentros, estos jamás fueron personales, sino que correspondían a las diferentes prácticas de nuestros sindicatos sobre políticas de negociación, de consenso y de una cierta concurrencia en la ya evidente bipolaridad sindical, CC OO-UGT.

Su persona está ligada para siempre a la de su sindicato CC OO y con él al conjunto del movimiento sindical, a sus avances, a sus logros, a veces conseguidos con sacrificios,

con hechos luctuosos que forman parte de la historia sindical de la que Marcelino fue uno de sus protagonistas.

Marcelino fue factor sustancial en el duro batallar por la España democrática

La personalidad, yo diría la singularidad, de Marcelino, es que reconociendo su compromiso partidario, la fidelidad a su partido, es fundamentalmente desde su compromiso sindical, desde el que ha llegado a ser una referencia para una parte importante de la izquierda sociológica. De una izquierda que ha visto en Camacho un ejemplo de compromiso social, de capacidad de sacrificio y de anteponer los intereses generales de los trabajadores a cualquier otra consideración, incluidos sus intereses personales.

En todos estos años, jamás le oí quejarse de las pequeñas miserias que salpican una vida como la de él y que solo se pueden superar en aras de una vocación política al servicio de los demás. Y en ese sentido, siempre ha demostrado una profunda coherencia política, en el mismo grado que una valentía personal.

Por ello, en estos tiempos de incertidumbre ideológica, cuando se diluyen las señas de identidad y con ello las referencias políticas, uno no puede dejar de reconocer la coherencia de personas que, como Marcelino Camacho, jamás abjuró de sus ideas y siempre ha sido consecuente con ellas.

Marcelino, con su sindicato, CC OO y su partido, PCE, fueron factores sustanciales en el duro batallar para la consecución de una España democrática y una Constitución con un fuerte contenido social.

Con Marcelino, con CC OO, formamos parte de plataformas convergentes democráticas, participamos en las negociaciones

de la Comisión de los 10, previa reunión llegamos al acuerdo de presentar conjuntamente la legalización de los sindicatos, manteniendo la unidad de acción que dio lugar a la constitución de la Coordinadora de Organizaciones Sindicales, participamos conjuntamente en las grandes movilizaciones sindicales del primer semestre de 1976, en Asturias, Madrid, Barcelona, Valencia, País Vasco, en la huelga general de noviembre de ese mismo año; factores que, bajo mi punto de vista, facilitaron en gran medida la transición política y con ella una Constitución de perfiles democráticos y sociales.

La transición democrática resultaría incomprensible si no se tuviera en cuenta el destacado papel jugado por el movimiento sindical, del que CC OO, liderada por Marcelino Camacho, formaba parte.

Recuerdo de manera especial la naturalidad con la que se desenvolvía Marcelino en aquel entorno ceremonioso, teatral, consustancial a estos actos, el día que le nombraron doctor honoris causa por la Universidad Politécnica de Valencia. Su intervención sobre *El trabajo ha hecho al ser humano social* y la magnífica presentación que hizo de él Vázquez Montalbán. Desgraciadamente cuando la Universidad de Cádiz le distinguió con el mismo honor, Marcelino ya no pudo asistir.

Mi relación con Marcelino ha sido en estos últimos años, una relación, digamos, intermitente. Encuentros en diversos actos, conversaciones telefónicas en los que el vínculo se establecía por el tratamiento de temas sociales y políticos y a veces sobre nuestros respectivos estados de salud, etcétera. Uno deja de ser joven el día que le hacen el primer homenaje.

Últimamente, he seguido con especial preocupación el deterioro de su estado de salud, siendo testigo de la entrega

cariñosa de Josefina y de sus hijos, a los que desde aquí manifiesto mi más profunda condolencia.

II. NICOLAS SARTORIOS A MARCELINO CAMACHO

Nicolás Sartorius

El País, noviembre 2010

Acabo de conocer, con infinita tristeza, el fallecimiento del compañero Marcelino y me piden que envíe unas breves líneas en su recuerdo. Conocí a Camacho en las asambleas del Círculo Social Manuel Mateo en la calle de Vergara, en el Madrid de los Austrias. Sería el año 1965, cuando las CC OO comenzaban a coordinarse por sectores de producción. Él era por entonces el líder de los metalúrgicos, pero para mí, como supongo que para los jóvenes militantes que nos dedicábamos a organizar a los trabajadores, pues de lo contrario no había nada que hacer contra la dictadura, simbolizaba a una clase obrera que se enfrentaba, con renovada fuerza, a un régimen que negaba sus derechos.

Luego, a lo largo de los años, he compartido con Marcelino el nacimiento y desarrollo de las CC OO, la Inter de Madrid, la Coordinadora Nacional, las sucesivas prisiones, el *Proceso 1001*, la legalización del sindicato, el final de la dictadura, los primeros acuerdos sociales.

Del primer grupo dirigente de las CC OO era el de más edad y el único que, muy joven, había participado en la Guerra Civil. Sin embargo, su autoridad natural no procedía de la edad sino de su entrega, de su conocimiento del mundo del trabajo, de su ansia de información, de su capacidad de estudio y de su

proverbial optimismo histórico (cuando los jueces del TOP le estaban condenando a 20 años de cárcel les espetó a la cara que servían a una dictadura que se hundía); en una palabra, un hombre decente que se había echado a la espalda la suerte de los trabajadores.

No obstante, si tuviese que resaltar algún rasgo de su carácter, como líder sindical y luego secretario general de la CS de CC OO, este sería el de la aceptación natural de la crítica y la discrepancia. A diferencia de tantas organizaciones en las que llevar la contraria al jefe supone la marginación, en las CC OO de Marcelino, por el contrario, salían en la foto los que tenían personalidad y criterio propio, los que decían lo que pensaban. El éxito de CC OO es inexplicable sin esta capacidad del grupo dirigente de discutirlo todo, de criticar los errores, de corregirlos y de no dar nada por absolutamente terminado. Esta actitud se resumía en una frase de Marcelino, en aquellas intensas y peligrosas reuniones de la clandestinidad. Cuando alguien llevado de un impulso autoritario terminaba diciendo "esto se hace así y punto", Camacho siempre le interrumpía con un "compañero, de punto nada; en todo caso punto y coma". Era su manera particular y sabia de entender la dialéctica de las cosas y los procesos.

En fin, creo que Marcelino Camacho pasará a la historia como uno de los grandes dirigentes de la clase obrera, como los Pablo Iglesias, los Anselmo Lorenzo, es decir los fundadores de nuevas realidades que han contribuido a cambiar, a mejor, la historia de todos. Querido Marcelino, una vez más punto y coma, pues tu obra y tu recuerdo, de ciudadano -como te gustaba llamarnos- limpio y ejemplar, no se extinguirá nunca en millones de personas que saben lo que has hecho por la democracia y los derechos de los trabajadores.

III. HOMENAJE NO PROTOCOLARIO A MARCELINO CAMACHO

José Luis López Bulla

Publicado en el blogspot del autor, 2016

El hombre de Pontevedra, minutos antes de ser elevado a los altares, dejó claro que no se le pueden pedir cosas que forman parte del núcleo duro del programa de su partido. No dijo cuáles, pero en la mente de todos estaban, entre otras, la reforma laboral.

Toda la gente informada de este país lo sabía de sobras. Por supuesto, también los que se abstuvieron. Partamos, pues, de lo siguiente: la negativa de Rajoy ya es formal, y si se quiere vuelve a inscribirla en las intenciones del nuevo gobierno.

Atribuimos, sin embargo, al sindicalismo confederal y a las fuerzas políticas de la oposición, que han expresado su voluntad de seguir combatiendo la reforma laboral, que mantendrán su acción colectiva contra ella.

Ahora, tras la auto intimidación del PSOE, en condiciones más complicadas, con menos acompañamiento. Yendo por lo derecho, el desmantelamiento gradual de la reforma laboral está más en precario en el terreno político.

Si esto es así, hemos de convenir que el esfuerzo del sindicalismo debe tener más diapasón.

Ahora bien, a mi juicio no existe una estrategia eficaz basada monotemáticamente en el acoso y derribo de la reforma

laboral. O ello se inscribe en un contexto más general de la acción colectiva o no salimos de ese enredo.

Las palabras de Maurizio Landini, secretario general de la FIOM—CGIL, son claras: «Pero el tema no es solamente cómo se reunifican los derechos en el trabajo, sino que el proceso tecnológico en curso modificará la estructura de toda la industria.

La pregunta es, pues, ¿qué debemos hacer como sindicato para incentivar un proceso de esa naturaleza y que acciones hay que poner en marcha?» (1).

arece claro que una traducción de lo que afirma Landini a nuestras cosas es como sigue: si nuestro objetivo estratégico es la «reunificación de los derechos en el trabajo», el planteamiento de nuestro amigo italiano nos lleva a intervenir no sólo en la piel sino en la columna vertebral del «proceso tecnológico en curso».

Con un matiz por mi parte: dicho proceso no afecta solamente a la estructura de toda la industria, sino al mundo de los servicios. Es decir, a todo.

De manera que, como ya advirtió Toxo en su día, «no podemos seguir haciendo lo mismo de siempre para llegar a los mismos resultados de siempre».

Me aventuro a decir que no parece que el conjunto del sindicalismo haya llegado todavía a entender cabalmente lo que ha manifestado Toxo. Si seguimos haciendo lo mismo de siempre se corre el peligro de tutelar y representar solamente a los *últimos mohicanos*, a los injustamente olvidados por los procesos de innovación y reestructuración de los aparatos productivos y de servicios. La gradual pérdida de representación y representatividad estaría cantada.

Tiene sentido evocar a nuestro Marcelino Camacho que, en su famoso artículo en *Cuadernos para el Diálogo* se percataba de una novedad: « A la capital administrativa ha sucedido el Madrid industrial; hoy son millares de obreras, que con sus batas blancas o azules, pasan por Atocha camino de Standard, Telefunken o Phillips hacia las máquinas-herramienta y las cadenas de montaje» (2).

Aparentemente esta descripción camachiana podría ser interpretada como un relato costumbrista. Pero tiene mucha más miga.

Es la percepción de un paisaje socioeconómico que ha desplazado definitivamente lo anterior: por la calle --de la fábrica hasta casa-- el mono azul de un tipo de trabajo asalariado ha emergido y de esa visibilidad antropológica Marcelino saca sus conclusiones sociopolíticas y culturales.

De ahí que sugiera algo poco mencionado hasta ahora: de Marcelino se celebra fundamentalmente su eticidad --la unidad dialéctica de la moralidad con la socialidad-- su carácter insobornable, pero mucho menos su mirada, su inteligencia y el giro valiente que propuso en los cimientos renovados del movimiento organizado de los trabajadores.

Me pregunto: ¿hay condiciones para proponer una relación virtuosa entre sindicalismo y hecho tecnológica? Respondo con orgullo: claro que sí. En este mismo blog, en *Sabiduría sindical en Alstom*, (3) hemos dado cuenta de un documento que debería estar en la mesita de noche de todos los sindicalistas.

Dejadme que refunfuñe un poco como expresión natural de alguien que camina a sus ochenta años: ¿Cómo es posible que tal documento apenas si aparece en las cuantiosas web de los sindicatos?.

Por último, hay que felicitarse por la amable y fructífera relación que el sindicalismo tiene con los juristas del trabajo.

Ahora bien, no podemos decir lo mismo de su relación con los ingenieros. Lo digo porque no concibe un nuevo planteamiento de vínculo con el hecho tecnológico si no abre un puente estable de relaciones con los profesionales de la ciencia y la técnica.

El caso de Alstom es paradigmático de ese buen hacer sindical. Por lo que más quieran no dejen de estudiar el documento de los amigos de esa empresa. Sea.

(1) <http://lopezbulla.blogspot.com.es/2016/10/palabras-de-los-metalurgicos-italianos.html>

(2) Marcelino Camacho: "El fetichismo y la realidad", Cuadernos para el diálogo (Junio de 1964)

(3) <http://lopezbulla.blogspot.com.es/2016/10/sabiduria-sindical-en-alstom.html>

IV.CENTENARIO MARCELINO CAMACHO

José Luis Lopez Bulla

Publicado en el blogspot del autor, enero 2018

El 21 de Enero se inicia en Madrid la conmemoración del centenario de Marcelino Camacho, el dirigente más carismático de la lucha antifranquista.

Paradoja: quienes han intentado oscurecer la lucha de las clases trabajadoras en la conquista de las libertades no han

podido, sin embargo, borrar del mapa la figura del padre noble de Comisiones Obreras.

Yendo por lo derecho: no se concibe la reciente historia de nuestro país sin el compromiso ético y político de Marcelino, que él convierte en pasión e inteligencia.

Un dirigente que, además de respetado, fue querido por multitudes de personas. Nunca hubo distancia entre Marcelino y los trabajadores. Siempre cercanía, una proximidad afectiva: se diría que sentimental. De ello, precisamente, hablaría años atrás Antonio Gramsci: «el nexo sentimental con la gente».

El Centenario Camacho no puede ser sólo el obligado recuerdo de la figura, por decirlo con Thomas Mann, de un «hombre de gran formato». Ni puede quedar circunscrito a Madrid. Porque las repercusiones del proyecto camachiano y su testimonio moral atraviesan toda España.

Y porque su maestría guarda una estrecha relación con las disciplinas que afectan a la acción colectiva del movimiento de los trabajadores. Hablo del iuslaboralismo y de la economía.

O lo que es lo mismo: no sólo el sindicalismo es deudor de la figura de Marcelino, también el Derecho del Trabajo y las ciencias sociales están vinculadas a su figura.

V.UNA VIDA EN DEFENSA DE LOS TRABAJADORES

Ignacio Fernández Toxo es secretario general de Comisiones Obreras

El País, 30 de octubre de 2010

Acaba de fallecer Marcelino Camacho Abad, que fuera secretario general de la Confederación General de Comisiones Obreras desde su legalización hasta el IV Congreso, de 1987.

Marcelino vivió en primera línea los momentos más decisivos que protagonizó la clase obrera en España durante el siglo XX. Es, sin ningún género de dudas, un símbolo del trabajo y del sindicalismo de la historia reciente de nuestro país. Nació en Osma la Rasa (Soria) en 1918. Hijo de ferroviario, al abandonar la escuela comenzó a formarse para acceder al mismo oficio que su padre, pero le atrapó la Guerra Civil. Cruzó las líneas y en Madrid se incorporó al ejército leal para defender el régimen legítimo y legalmente constituido: la Segunda República.

Terminada la guerra, como todos los combatientes y militantes obreros comprometidos con la República, Marcelino -que había ingresado en el PCE en 1935- conoció en propia carne la feroz represión que desencadenó el general Franco para exterminar a los vencidos. Fue apresado y enviado a campos de trabajo forzado en el norte de África. Se evadió, refugiándose en Argelia, donde conoció a su compañera, Josefina Samper, con la que tuvo dos hijos, Marcel y Yenia. En ese periodo se formó como profesional de oficio de la metalurgia.

Aprovechando un indulto, volvió a España en 1957, estableciéndose en Madrid e ingresando en la fábrica de

motores Perkins Hispania. Lo hizo como fresador, pero amplió su cualificación profesional hasta convertirse en ingeniero técnico asimilado. La Perkins, como la mina La Camocha, al igual que el propio Marcelino, forma parte del código genético de Comisiones Obreras. Desde la Perkins y otras grandes fábricas metalúrgicas se organizarían las Comisiones Obreras del Metal de Madrid en 1964. Las Comisiones surgieron en el contexto de la persecución franquista, y con el pragmatismo que caracterizó a Marcelino, se decidió ocupar las estructuras del viejo sindicalismo vertical para defender mejor los derechos de los trabajadores. Ello permitía un estrecho contacto con el conjunto de los trabajadores en las empresas para, de ese modo, articular sus reivindicaciones más inmediatas por la mejora de las condiciones de vida y trabajo. Reclamar los derechos más básicos de los trabajadores conducía de modo directo a plantear las libertades civiles y políticas, porque unos y otras eran incompatibles con la dictadura. El resultado era la persecución del sindicalismo.

Como otros muchos militantes de las Comisiones Obreras, Marcelino fue juzgado por el Tribunal de Orden Público (TOP) y enviado a prisión. Cumplió una primera condena entre el 1 de marzo de 1967 -año en el que el Tribunal Supremo declaró ilegales las Comisiones Obreras- y el 10 de marzo de 1972, el mismo día que la policía franquista mató a Daniel y Amador, trabajadores de Bazán, que se manifestaban en Ferrol por su convenio colectivo. Su libertad duró poco más de tres meses. El 24 de junio de 1972 resultó detenido junto a otros nueve dirigentes de Comisiones Obreras y procesado en el famoso Sumario 1001, que despertó la solidaridad internacional con el movimiento sindical de CC OO frente al franquismo. En un documento único, que contiene una extensa declaración ante el Proceso 1001, de jueces, magistrados, fiscales y secretarios

agrupados en la conocida entonces como Justicia Democrática, y que nos ha facilitado nuestro amigo Perfecto Andrés-Ibáñez, se recoge una breve reseña del rotativo francés *Le Monde* en el que se afirma: "Ninguna prueba ni documento encontró la policía... Se trataba de dar un gran golpe para impresionar al movimiento obrero y desanimar a quienes cayeran en la tentación de seguir el ejemplo de Marcelino Camacho o del jesuita padre García Salve", que junto a Sartorius, Zamora, Santiesteban, Saborido, Fernández, Acosta, Juanín y Soto, integraban la lista de procesados en el 1001. Saldría de prisión 10 días después de la muerte de Franco, pero todavía resultó una vez más detenido en 1976.

La trayectoria de Marcelino durante estos años ilustra perfectamente el modo en el que el sindicalismo de hoy surgió y conoció sus primeros desarrollos, enfrentándose a la dictadura no solo para obtener condiciones dignas para los trabajadores, sino para lograr la conquista de la democracia en España, para lo que resultó decisiva la contribución de CC OO y Marcelino Camacho.

Tampoco fue fácil el periodo en el que Marcelino pilotó CC OO como secretario general, a partir de su legalización. La transición política tuvo lugar en el contexto de una profunda crisis económica y de una serie de amenazas involucionistas. Es menester recordar en este punto que el compromiso del sindicalismo fue inequívoco, concretándose en primer lugar en un apoyo firme a la Constitución de 1978. No solo eso, sino que fueron precisas una serie de renunciaciones en aras de salvaguardar el proceso democrático. Como el propio Camacho comentaría con frecuencia, los sindicatos fueron los parientes pobres de la Transición. Basta recordar que ya los partidos políticos actuaban en la legalidad cuando todavía CC OO era considerada una organización ilegal. Marcelino

Camacho fue elegido diputado en la legislatura de 1977 y reelegido en 1979 en las candidaturas del PCE. Dimite en 1981 para dedicarse plenamente a sus responsabilidades como secretario general del sindicato, un hecho que determinó el camino irreversible hacia la independencia de CC OO.

Marcelino Camacho interpretó el sindicalismo con una profunda vocación unitaria. A la salida de la dictadura pensó, escribió y trabajó para impulsar un proceso unitario del movimiento sindical que desembocara en una gran confederación sindical. No fue posible, pero sus esfuerzos no se dieron en vano. Hoy los dos grandes sindicatos han alcanzado un alto grado de acción y elaboración unitarias, como lo demuestra la historia del movimiento sindical de los últimos 25 años.

Además, en esos años hubo que organizar la resistencia a un proceso de reconversiones industriales y de destrucción masiva de empleo. En 1985, siendo secretario general Marcelino, CC OO organizó la primera huelga general de la democracia en protesta porque el Gobierno de Felipe González endureció las condiciones de acceso a las pensiones.

En suma, la biografía de Marcelino Camacho Abad no es sino la vida y destino de los trabajadores españoles en el siglo XX. Los que crecimos sindicalmente a su lado, nos educamos en un sindicalismo abierto y flexible pero cuyo norte no es otro que la defensa irrenunciable de los derechos de los trabajadores y trabajadoras. Unos derechos que son sustancia de la ciudadanía moderna, o lo que es lo mismo, sustancia de la civilización. Todavía recuerdo aquellas palabras que repetía en momentos determinados: "Ni nos domaron, ni nos doblaron, ni nos van a domesticar", un espíritu que impregnó a las CC

OO, y que apuntillaba con ese "siempre adelante y siempre a la izquierda".

Hasta siempre, Marcelino... y para vosotros, Josefina, Marcel, Yenia, para Vicenta, nietos y su familia, un fuerte abrazo de todas las Comisiones Obreras.

VI. EN LA MUERTE DE MARCELINO CAMACHO

Antonio Baylos

Publicado en el blogspot del autor, octubre de 2010

Marcelino Camacho ha muerto en la madrugada del viernes 29 de octubre. Son miles las personas que están diciéndole el último adiós en el Auditorio que lleva su nombre en la sede de CC.OO. de Madrid - Región. Mañana una gran marcha le despedirá en la Puerta de Alcalá, antes de partir hacia su entierro en el Cementerio Civil de la Almudena. Son innumerables las intervenciones que le recuerdan. En este mismo blog, el 27 de septiembre de 2007, víspera de un homenaje en la Universidad Complutense de Madrid, se publicó el texto que se reutiliza ahora como forma de recordar a Marcelino en una de sus facetas más reconocida, la de un líder obrero inteligente y estudioso, preocupado por entender científicamente la realidad social para poder transformarla con la potencia de la acción colectiva. Marcelino Camacho desde su perfil mineral siempre nos ha parecido la encarnación del verso de *La Internacional*, "atruena la razón en marcha". Hasta siempre, compañero y maestro.

Marcelino Camacho era el referente histórico de Comisiones Obreras que simbolizaba en su persona el movimiento obrero antifranquista. Un movimiento obrero que nace en la clandestinidad y que desde su inicio establece vínculos directos con el movimiento estudiantil en las universidades y el movimiento vecinal en los barrios. La alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura que teorizó en afortunado slogan el Partido Comunista de España implicaba, entre otras muchas cosas, una convergencia entre el trabajo teórico e investigador de los intelectuales universitarios y el proyecto de emancipación social que protagonizaba el movimiento obrero y sus organizaciones en la lucha por un mundo mejor, libre, igualitario y democrático. Manuel Vázquez Montalbán, al definir al personaje, definía también este rasgo fundamental de su pensamiento: "Asistiremos a la autoconstrucción de un dirigente obrero, que luchó como peón de la Historia en la Guerra Civil, y que, a partir de la derrota personal y de clase, se movió como un héroe griego positivo, en la lucha contra el destino programado por los vencedores, personal y coralmente.... Toda su vida será un trabajador que considera que el mundo no está bien hecho. Es decir, que no está hecho a la medida de los débiles".

Marcelino era un firme partidario de estas ideas, a las que se unía una confianza inquebrantable en la capacidad pedagógica del discurso político y en su capacidad de convicción. La explicación de la realidad tal como es, la enunciación de las leyes sociales y económicas que la presiden, y la importancia de una acción colectiva como forma de producir / predecir la historia, eran los elementos sobre los que giraba su didactismo

revolucionario. Así lo hacía en la cárcel, en los seminarios que organizaba y dirigía, y que luego tomaron cuerpo en el libro *Charlas en la prisión*, que llevaba como subtítulo “El movimiento obrero sindical”, y que la editorial Laia publicó en 1976 con una muy interesante “carta abierta” de Alfonso Carlos Comín a Marcelino. Marcelino Camacho creía que enseñar la realidad, desvelar sus injusticias y explicar que existía otra forma de ver el mundo en el que las personas podrían vivir sin depender de la explotación continua y despiadada de sus energías vitales, era una labor importante. Y lo era porque permitía enseñar a los trabajadores y a los ciudadanos que la dictadura y el capitalismo eran marcos de referencia superables y que cabía construir, desde una subjetividad colectiva orientada políticamente, un gran proyecto de sociedad democrática. Esa era la función pedagógica – se diría docente, porque en el discurso se analizaba objetiva y críticamente la realidad – de un dirigente sindical, de los sectores conscientes de la clase obrera de la que éstos deben ser “un producto natural”, como él mismo se definiría.

Por ello no es de extrañar que Marcelino Camacho haya tenido el reconocimiento expreso de la Universidad, y que éste haya sido, entre otros tantos recibidos en diferentes esferas de la vida pública, uno de los que más le han agradado. Con ocasión de la puesta en marcha de una iniciativa muy original, la creación por CC.OO. de una Escuela de Relaciones Laborales en la Universidad Complutense para la impartición de cursos de posgrado, Marcelino Camacho fue nombrado Profesor Honorario de la Universidad Complutense de Madrid. Era el 12 de enero de 1989, y Marcelino ostentaba entonces el cargo de Presidente de la Confederación. El nombramiento de Profesor Honorario se justificaba “por su contribución al mundo del trabajo y defensa de los derechos de los trabajadores”, y se

entregaba el diploma en una emocionante y solemne ceremonia en el Paraninfo de la calle San Bernardo, abarrotado de gente. Para Marcelino, el significado del acto no podía escindirse de su posición de sindicalista ni de la necesidad de la acción de reforma del sistema. Estas fueron algunas de sus palabras: “Vengo ante todo a la Universidad por mi condición de dirigente sindical. Pero por otra parte me parece que la revolución científico – técnica está modificando la estructura interna de la clase. Yo concibo que la fuerza de los trabajadores viene dada porque somos la mayoría de la sociedad. Producimos todo lo que hay de bello y útil (...). Los estudiantes de hoy son los trabajadores de mañana. Nada de ellos me es ajeno. Por eso el acercarme hoy a la Universidad está, en primer lugar, en relación con mis concepciones, en relación también con mis conocimientos y con el análisis que hago de esa revolución científico – técnica, de esa modificación interna de la clase y de ese papel que los sindicatos modernos deben tener en nuestros días”. Todo un programa condensado de la relación entre el sindicato como sujeto político y social y la función de la universidad como lugar de investigación y de trabajo donde se produce ciencia e ideología.

Marcelino Camacho era por tanto, con plena autoridad, profesor universitario. Para el Diccionario de la Real Academia Española, profesor es la persona que enseña o ejerce una ciencia o un arte. Entre el mito y el símbolo, Camacho nos enseña honesta y claramente los caminos de la libertad.

VII.MARCELINO CAMACHO. EL CENTENARIO DE UN EMBLEMA

Manuel Zaguirre

Octubre 2018

Hay películas, libros o músicas que no puedes evitar ir a por ellas en cuanto sabes que están ahí. Es el caso de documental sobre Marcelino Camacho al cumplirse el centenario de su nacimiento, “Lo posible y lo necesario”.

Aparte el hecho que conocí a Marcelino en el 72, en la cárcel de Carabanchel, compartiendo con otros muchos presos una rica tarta que nos envió su abogado para celebrar que concluía su condena. El abogado, por imperativos de la reconciliación nacional y el pacto para la libertad, era nada menos que Don Joaquín Ruiz-Gimenez, el inolvidable democristiano de izquierdas al que tanto le debe también la USO, probablemente sin saberlo. El abogado de los heroicos represaliados por el franquismo a causa de la más larga huelga en la historia de España, la de “Laminación de bandas en frío”, de Noviembre del 66 a Mayo del 67.

Desde aquel frío Marzo del 72 y durante los casi 40 años posteriores traté a Marcelino con una cierta intensidad. Un artículo mío publicado en un libro que editó CCOO con ocasión de un homenaje en su 90º cumpleaños, resume esas décadas desde mi perspectiva. Lo titulaba, creo recordar, “A Marcelino Camacho con afecto, respeto ... y disenso”.

El caso es que me encaminé al cine como tenía previsto, uno de esos diminutos herederos de aquellas salas de cine míticas con cientos y miles, incluso, de butacas. En el vestíbulo,

esperando a que nos cortaran la entrada y dieran acceso a la sala correspondiente, me aborda una pareja metida en años, me preguntaron que si yo tenía parentesco con Gregorio Lopez Raimundo, el mítico líder del PSUC al que Raimon compuso una canción –“Te conocí siempre igual como ahora”- cuando vivía en Barcelona en rigurosa clandestinidad. Les dije que no tenía relación o parentesco alguno, salvo haberlo saludado un par de veces al arranque de la Democracia. La señora insistía en el parecido físico, no obstante. En éstas, irrumpen dos hombres, de mi edad más o menos, que me preguntan si soy quién soy y si tuve la responsabilidad que tuve en la USO. Mientras estoy asintiendo al interrogatorio de mis dos nuevos identificadores, la señora que me emparentaba con López Raimundo exclama, “claro, ya me lo parecía, usted es tal y tal, por eso me sonaba ...” Los dos hombres resultaron ser compañeros de trabajo de la empresa que yo dejé para pasar a la clandestinidad en 1971; Albiac y Aldea. Aquella empresa, el extinto Banco Ibérico, me pagaba casi 14.000 pesetas cuando me fui, y en la USO me pagaban –me pagaba, porque tesorero fue mi primera responsabilidad en el comité confederal- 8000 pesetas. Fue el inicio de una carrera fulgurante como el tiempo se encargó de confirmar.

Vamos al documental sobre Marcelino. En la sala habríamos 50 ó 60 personas, y noté una íntima amargura. No ví a nadie de relevancia pública, salvo a Juan Carlos Gallego, al que saludé, el anterior secretario general de CCOO de Catalunya. Antes de la proyección un muchacho hizo una suerte de presentación, habló del carácter cooperativo del proyecto y dejó caer que estaba el “psuc viu” dando impulso (un grupúsculo con más nostalgia que militantes). Por cierto, al acabar la proyección, una muchacha hizo algo parecido pero

en nombre de Iniciativa per Catalunya. Pequeños tirones sectarios por la memoria de Marcelino.

Cinematográficamente hablando el documental es impecable, bien estructurado, con ritmo y presencias simbólicas muy emotivas, con una excelente banda sonora. Pivota todo sobre la figura y trayectoria de Marcelino Camacho a través de sus propias declaraciones y relatos, cal que acompañan sus seres más queridos: la entrañable Josefina y los hijos.

En estos tiempos de supuesta modernidad y pragmatismo extremo, (sabido es que la sobredosis de pragmatismo desemboca indefectiblemente en la corrupción), la vida de Camacho vertida en el documental es una obra que debe ver todo el mundo, muy en especial la gente más joven, una buena parte de la cual sufre sin saber muy bien por qué e, incluso, lucha sin una idea precisa de cómo y para qué. No en balde estamos ante el centenario de un hombre -también de una familia, de una generación de militantes, de un país- que luchó insobornablemente desde su adolescencia en aquella Soria, símbolo doliente de la España más atrasada y olvidada y del sometimiento de sus clases populares, hasta su última despedida en una casa y un barrio muy humildes de Madrid, por lo más elemental y básico para que la condición humana tenga un fundamento de dignidad: la Libertad y el Trabajo y la acción sindical y política acordes a esos objetivos permanentes sea cual sea el tiempo histórico en el que toca pelearlos y defenderlos... Casi un siglo de lucha trufado de exilios, represiones, cárceles, halagos y traiciones de propios y ajenos ...

En tal sentido, el documental refleja con gran valor la vida y trayectoria de Marcelino, lo cual, por otra parte, no es muy difícil, pues era cristalino y lineal y leal a sí mismo y a su

cosmovisión de la Vida. Y era así para bien, para regular y para mal. Por eso, insisto e imagino, que la convivencia militante con él tenía que ser necesariamente un equilibrio entre altas dosis de afecto y respeto y las inevitables de disenso. Vayan a verla o adquiéranla cuando salga a la venta, y ustedes mismos, jóvenes sobre todo, se hacen una idea; mucho mejor que lo que yo pueda contarles.

Quiero concluir expresando dos reservas no menores sobre el documental, ambas ajenas al protagonista del mismo:

1. Aparecen hacia el final, a modo de evaluación histórica, algunos líderes de CCOO que, unos con otros, ensalzan la figura y trayectoria de Marcelino Camacho con grave desmemoria o memoria torcida de su comportamiento con o contra él, sobre todo en la última etapa de su liderazgo en CCOO, amén otras omisiones o desenfoques. Me refiero a temas como la transacción del poder sindical de CCOO por la legalización del PCE, el pacto secreto por el que se prohibió y se reprimió violentamente el 1º de Mayo del 77 pese a estar ya legalizados los sindicatos democráticos, los intentos de negociación sindicatos-gobierno de Suarez deliberadamente abortados en el verano del 77, de cuyo aborto vinieron los llamados “pactos de la Moncloa”, o el sórdido navajeo en CCOO para despojar a Marcelino de la presidencia y arrumbar a su gente al trastero ... Me enojan mucho los ejercicios de blanqueo histórico, pero el enojo llega a la indignación cuando se trata de acontecimientos en los que tuve presencia y participación destacada.

2. El documental constriñe el universo de Camacho al PCE y a CCOO. Erróneo enfoque, creo yo. Proyectó y midió mucho más que eso. Un servidor, y la USO en consecuencia, aparecemos tres o cuatro veces en el documental; son imágenes ineludibles, pero el guión nos ignora por completo.

Ocurre casi lo mismo con la UGT pese a ser el partenaire de CCOO –no siempre con el entusiasmo de Marcelino- en este rigodón bisindical de los últimos 40 años. Es el derecho del o los guionistas.

Marcelino, conservo, lo que no sé es exactamente dónde, aquellas postales manuscritas por ti, y en menor extensión por Josefina, con ocasión de la Navidad. Pienso que en algún lugar estarán las que os enviaba yo. Ahora, como si del texto de una postal ya próxima se tratara, te digo que fue un gran honor conocerte y compartir contigo tantos sueños sobre la primacía del Trabajo y de una sociedad fundada en él y en sus mejores valores inherentes, y que para mí ocupas una plaza destacada en la Historia de la Clase Trabajadora y del Movimiento Obrero y Sindical de España. Gracias, compañero.

VIII. UNA CALLE PARA MARCELINO CAMACHO

Jordi Ribó Flós

Barcelona, mayo 2018

Publicado en el blogspot del autor

Mañana, en Madrid, se honra al que fuera Secretario General de CCOO con el nombre de un Paseo, al cual se le llamará Paseo de Marcelino Camacho. Es un honor bien merecido para el que fue en su día uno de los máximos dirigentes obreros, sólo en España, en Europa y el mundo. Marcelino además, recoge en su dilatada trayectoria toda la experiencia de resistencia antifranquista, desde la más negra clandestinidad, pasando por la conquista de lo que él llamaba "espacios de libertad". Marcelino además rompió con tabús en el seno de su

propia organización. Preconizaba que un dirigente obrero no puede moverse en clandestinidad y anonimato, debía ser conocido y reconocido por su entorno más próximo, compañeros y compañeras de trabajo, vecinos y vecinas del barrio...intentó preservar la autonomía de la organización ante los partidos políticos, comenzando por el suyo propio. Esto le costó no pocos sinsabores y algún disgusto. Tuvo aciertos y errores, como todos hemos tenido a lo largo de nuestra vida sindical y política, pero él jamás se avergonzó ni de sus orígenes ni de su ideología, es más, supo transmitir valores como el de la austeridad y sencillez, la firmeza en sus convicciones, la valentía de sus actuaciones, la prudencia de no despegarse jamás de los trabajadores, la solidaridad y el compromiso con su clase.

Marcelino nos visitó dos veces en la empresa donde yo trabajaba, Tagra, una fábrica del metal de Badalona. Uno de mis compañeros más cercanos, Toni, al cabo del día me hizo el siguiente comentario: "hoy nos ha visitado la historia de España y hemos recibido una clase que no se da en las Universidades". Yo le repliqué al más puro estilo leninista: "En las Universidades se aprende mucho, pero más se aprende en un día de huelga". Ambos decíamos lo mismo: recibimos una lección por parte de un obrero metalúrgico, como recibíamos casi cada día, antes de entrar a trabajar por parte de Manuel Sousa, nuestro compañero y maestro en Tagra. Sí, cada día nos encontrábamos veinte minutos antes de comenzar para comentar las cosas del trabajo y las noticias, salvo los lunes, día en que hablábamos de fútbol. Pero me estoy desviando...

Marcelino encarna todas las virtudes de los y las sindicalistas: dedicación, sacrificio, compañerismo, y todas las características de principios de la clase obrera: solidaridad, compromiso, fidelidad a la clase y desinterés, a las que

debemos añadir espíritu organizativo y praxis acorde con nuestro discurso: aquello que nos decía también Jordi Miralles: "Vive como piensas o terminarás pensando cómo vives".

Es por ello que si se dedica una calle a Marcelino, no se la dedica a él sólo; se está reconociendo a miles de mujeres y hombres que contribuyeron, desde la resistencia antifranquista, a poner en pie el movimiento obrero y sindical en toda la geografía española y en todos los sectores de la producción y servicios: Una calle para Marcelino lo es también para Cipriano García, para Manuel Nevado, para Guillermo Ballina o también para Josefina Samper.

Yo no podré estar mañana en Madrid, pero que nadie dude que mi mente mañana estará allí, para enaltecer a Marcelino y a los suyos-míos de CCOO, y para arrojar a la basura la placa del fascista Muñoz Grandes. Gracias Marcelino, hasta siempre y viva la lucha de la clase obrera.